

Así es que por el pensamiento fué como Francia reinó en el mundo civilizado. No es esto decir que los escritores del siglo XVIII hayan sido filósofos profundos. Aun en el terreno literario, la Inglaterra del siglo XVII hubiera podido reclamar contra la manía que se manifestaba por las letras francesas. ¿Quién podría compararse á Shakespeare ó á Milton? Es preciso, pues, que haya otra razón, además del mérito literario ó filosófico, para explicar la singular dominación de Francia en el último siglo. Escuchemos aún á Voltaire: ¿quién mejor que él podría decirnos el carácter distintivo de la literatura de que fué monarca envidiado?

Voltaire escribió al rey de Prusia: "Sabéis que no tengo preocupación por mi patria; pero me atrevo á asegurar que es la única que levanta monumentos á la gloria de los grandes hombres que no han nacido en su seno," (1). Es decir, que la nación francesa posee, en el más alto grado, el espíritu de universalidad, de cosmopolitismo, que es lo único que explica el carácter esencial de la Revolución francesa. En su carta á la Academia (2) recuerda Voltaire que él fué el primero que dió á conocer á Shakespeare, el primero que, traduciendo libremente algunos trozos en verso, dió á conocer á Pope, Dryden y Milton, el primero que explicó los elementos de la filosofía del gran Newton, el primero que se atrevió á hacer justicia á la sabiduría de Locke. En otra carta á la Academia (3), Voltaire añade: "Permitidme repetiros que he pasado una parte de mi vida en dar á conocer en Francia los trozos más admirables de los autores que han tenido alguna reputación en otras naciones. He hecho justicia al Inglés Shakespeare, como al Español Calderón, y no he escuchado jamás la preocupación nacional."

Por desdeñar Voltaire las preocupaciones nacionales se le acusó de considerar siempre más al género humano que á su patria, y la misma censura se dirige á todos los filósofos del siglo XVIII; todos pueden responder como Voltaire: "A ejemplo del gran Fenelon, he abrazado á todos los hombres en mi espíritu de tolerancia, en mi celo y en mi amor," (4). ¿Es esto decir que Voltaire haya

(1) VOLTAIRE, *Correspondencia con el rey de Prusia*, 9 de Marzo de 1717, núm. 224.

(2) Leida el 21 de Agosto de 1776 (*Misceláneas literarias*).

(3) De 1778, colocada al frente de la tragedia *Irene*.

(4) VOLTAIRE, *Un cristiano contra seis judíos*, XXI (en las *Misceláneas históricas*).

creído absorber las naciones en la humanidad? Tenía demasiado buen juicio para que desconociera el sentimiento natural que nos une á la patria; pero no quería que este sentimiento degenerase en odios nacionales, como hemos dicho en otro lugar (1). "El verdadero y sólido amor de la patria, dice, consiste en hacerla bien y en contribuir á su libertad tanto como nos es posible; pero disputar tan sólo sobre los autores de nuestra nación, vanagloriarnos de haber entre nosotros mejores poetas que entre nuestros vecinos, es más bien un amor necio de nosotros mismos que amor de nuestro país," (2).

II

La literatura es la expresión de la sociedad. Si los escritores franceses tienen en tan alto grado el espíritu de cosmopolitismo, es preciso que la nación francesa sea cosmopolita. Es también un hecho que en vano se negará, porque la historia le atestigua. En la Edad Media, sus reyes se titulaban los hijos mayores de la Iglesia y merecían este título, la nación entera le merecía. Los Francos fueron los que consolidaron el catolicismo, los Francos también los que fundaron el papado (3). ¿Quién ignora que fueron hombres de raza francesa los que se pusieron á la cabeza de las cruzadas? ¿Quién ignora que los Europeos aun se llaman hoy en Oriente con el nombre de Francos? Los Francos representaban, pues, por decirlo así, toda la cristiandad. ¿Por qué esta solidaridad de la Francia y del catolicismo? Precisamente por el carácter de universalidad de la nación. El catolicismo es la religión del mundo entero: esta es á lo menos su pretensión. Lo mismo que la raza francesa confunde sus destinos con los de la humanidad; en este sentido, es católica por esencia. Hé aquí por qué no ha aceptado la reforma de Calvino. En el siglo XVI, el protestantismo tenía el mismo sistema que una secta estrecha; ahora bien, Francia no creía convertirse en una secta, quería ser de la religión de la humanidad.

Desde el siglo XVII cesa la influencia de la religión en el mundo político. El catolicismo no

(1) Véase la parte duodécima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

(2) VOLTAIRE, *Ensayo sobre la poesía épica*, c. VIII.

(3) Véase mi *Estudio sobre los Bárbaros y el Catolicismo*.

logra absorber la Reforma; desde entonces se convierte él mismo en una secta. Un nuevo desenvolvimiento religioso se prepara, bajo la inspiración del cristianismo reformado y bajo los auspicios de la filosofía. Francia está llamada á hacer en él un gran papel, el de la propaganda filosófica. No es que tome la iniciativa del movimiento; el impulso viene de Inglaterra. Pero para que el deísmo inglés influya en Europa, es preciso que Francia le interprete y le ditunda (1). ¿No es esto una muestra evidente de este espíritu de universalidad, de ese proselitismo que nosotros reconocemos como el carácter particular de la raza francesa? (2).

Un escritor, tan hostil á la filosofía como á la Revolución, el conde de Maistre, ha escrito una hermosa página respecto al genio de la Francia, poniendo en labios de un Ruso que habla á un Francés este magnífico elogio de la nación francesa: "Dos caracteres os distinguen de todos los pueblos del mundo, el espíritu de asociación y el de proselitismo... Me parece que un profeta, con una sola pincelada en su orgulloso pincel, os ha pintado al natural hace veinticinco siglos cuando ha dicho: *Cada palabra de ese pueblo es una conjuración*; la chispa eléctrica, poniendo, como el rayo del cual deriva, una masa de hombres en comunicación, representa débilmente la invasión instantánea, y casi fulminante, de un gusto, de un sistema, de una pasión entre los Franceses, que no pueden vivir aislados. Si, á lo menos, no obraseis más que sobre vosotros mismos, se os dejaría hacer; pero la inclinación, la necesidad, el furor de influir sobre los demás, es el rasgo más saliente de vuestro carácter. Podría decirse que en ese rasgo os encerráis *vosotros mismos*. Cada pueblo tiene su misión: esa es la vuestra," (3).

Decimos que el conde de Maistre escribe la glorificación de la nación francesa, mejor dicho, comprueba un hecho, y su testimonio es considerable, porque es el enemigo apasionado de la filosofía y de la Revolución, y él es quien ha inaugurado la reacción contra ambas. Proclamando que la Francia ejerce una verdadera magistratura en

(1) Véase la parte duodécima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

(2) «Toda solución social ó intelectual es infecunda para la Europa hasta que la Francia la ha interpretado, traducido, popularizado.» MICHELET, *Introducción á la historia universal*.

(3) DE MAISTRE (el conde), *Soirées de Saint-Petersbourg*, VI entretien.

Europa, añade que ha abusado de ella del modo más culpable. De Maistre celebró esta influencia maravillosa todo el tiempo que Francia hizo la propaganda en provecho del catolicismo; la censura desde que se sirve de ella para difundir las doctrinas filosóficas y los principios revolucionarios, lo que llama *desmoralizar la Europa*. Sería trabajo perdido discutir con el jefe de la reacción respecto al valor de la filosofía y la verdad de la declaración de los derechos: los hombres del pasado no escuchan la razón, no hay más que el poder de los hechos, es decir, la acción de Dios sobre la humanidad, capaz de convertirlos. Pero aun cuando el conde de Maistre rechaza la Revolución, no va, como nuestros reaccionarios, hasta denigrar una gran nación. Reconoce la *magistratura* que la Francia ejerce sobre la Europa; confiesa que Dios le ha dado, para realizar su brillante destino, dos instrumentos con los cuales remueve el mundo, su lengua y su proselitismo. El poder, la monarquía de la lengua francesa es visible. En cuanto al proselitismo, es tan conocido como el sol; desde la *modista* hasta el filósofo, le ejercen como la parte más sobresaliente del carácter francés (1).

El conde de Maistre no disimula lo que hay de pequeño y hasta de ridículo en el proselitismo de la raza francesa: esto no le impide ver en él una *función* divina, una *misión*. En vano se dice que el proselitismo está en la vanidad de una nación que gusta de ponerse en evidencia. No negamos la vanidad francesa. Que los oradores sagrados censuren este vicio á los fieles, nada más justo (2); pero la filosofía debe saber si la vanidad es la carencia de una cualidad; ahora bien, para Francia, la cosa es evidente; si la gusta representar, dice Herder, si la gusta estar en escena, también la gusta hacer un gran papel, y este papel le ha desempeñado en todo el curso de la historia (3). Pues que el proselitismo está en la esencia misma de la nacionalidad francesa, pues que es la señal divina de su misión, importa penetrar en su principio.

En el siglo XVIII, la filosofía se llamaba *humanidad*, es decir, amor de los hombres. ¿Era verdadero este amor, ó no era más que representación y va-

(1) DE MAISTRE, *Consideraciones sobre la Francia*, c. II.

(2) MASSILLON (*Petit Carême*, sermón sobre los ejemplos de los grandes) dice que la Francia se da en espectáculo á la Europa más que ninguna otra nación.

(3) HERDER, *Briefe zur Beförderung der Humanität*, número 44; ID., *Zur Geschichte der Menschheit*, XIX, 5.

nidad? Voltaire, que no adula á los Welches, dice que el pueblo francés "ha nacido para amar," (1). Rousseau, que se burlaba muy á su gusto de la filantropía de los filósofos, no toma al pie de la letra las fórmulas de la urbanidad francesa; conviene en que son exageradas, y por lo tanto, poco sinceras; sin embargo, añade: "El Francés es naturalmente bueno, franco, hospitalario, bienhechor... Amo á la nación francesa... Protectores del extranjero, los Franceses le permiten hasta la verdad que les ofende, y se haría apedrear en Londres el que allí dijera de los Ingleses la mitad de mal que los Franceses dejan decir de ellos en París (2). He visto de cerca esa feliz y brillante nación; la he visto pacífica en medio de la guerra y entregada á esa encantadora dulzura de carácter que en todos los tiempos le hace recibir igualmente bien á todos los pueblos del mundo, y hace á Francia, en cierto modo, la patria común del género humano. Todos los hombres son hermanos de los Franceses," (3).

El cosmopolitismo francés es, pues, una verdadera religión, la religión de la fraternidad, la religión de Jesucristo. Pero la fraternidad de la Francia es más extensa; sus filósofos no dicen: "El que crea se salvará, el que no crea no se salvará." Dicen que todo hombre se salvará. Lo mismo que la nación francesa no limita su afecto á razas escogidas; le extiende á todos los hombres, tan sólo porque son hombres. Hé ahí el principio de su proselitismo. ¿Qué hay de maravilloso, después de esto, en que las pasiones y las debilidades humanas hagan su papel en la vida de los pueblos como en la de los individuos? No hay hombre-Dios, no hay pueblo-Dios. La imperfección es la ley de todo lo que constituye la humanidad.

III

Ahora comprenderemos por qué es Francia quien ha hecho la Revolución. La Revolución se ha realizado en nombre de los derechos del hombre. Ahora bien, los Franceses son la más humana de las naciones. La Revolución tenía por misión regenerar, no tan sólo á Francia, sino á toda la Euro-

(1) VOLTAIRE, *Épître* 220, á Paris.

(2) ROUSSEAU, *La Nueva Heloisa*, parte segunda, carta 14; parte quinta, carta 3.

(3) ROUSSEAU, *Los Prisioneros de guerra* (escrito en 1743).

pa; era preciso, pues, para llevarla á cabo, una nación simpática, magnánima y dispuesta á sacrificarse por los grandes intereses de la humanidad. ¿No son esas las cualidades que amigos y enemigos reconocen en los Franceses? Un historiador francés va á responder á nuestra pregunta. No aceptamos todo lo que dice Mr. Michelet de su nación; es un himno más bien que una historia, pero la poesía tiene también su verdad, y la más elevada de todas, porque es la verdad eterna la que canta. ¿Qué importa que la realidad esté tan lejos del ideal? No debemos por eso dejar de buscarle. Escuchemos á Mr. Michelet: "Somos los hijos de los que, por el esfuerzo de una nacionalidad heroica, han hecho la obra del mundo, y fundado para toda una nación el Evangelio de la igualdad... Si se quisiera amontonar lo que cada nación ha gastado de sangre, de oro y de esfuerzos de todo género por cosas desinteresadas que no debían aprovechar más que al mundo, la pirámide de Francia subiría hasta el cielo... Su historia es la de la humanidad... Para todo hombre, dice un filósofo americano, el primer país es su patria, el segundo es Francia. Pero ¿á cuántos hombres les gusta más vivir aquí que en su país? Desde el momento en que pueden romper el hilo que los sujeta, vienen, pobres avecillas de paso, á descender, refugiarse y tomar aquí á lo menos un momento de calor vital. Confiesan tácitamente que aquí está la patria universal. Esta nación, considerada como el asilo del mundo, es más que una nación, es la fraternidad viviente," (1).

Al lado de esta efusión del patriotismo francés, que los enemigos de Francia tomarán por una vanidad excesiva, bueno es citar las palabras de escritores extranjeros. Kant, el pensador solitario, el frío filósofo, está en el fondo conforme con monsieur Michelet. Él también dice que lo que caracteriza la raza francesa es la sociabilidad, la expansión, la necesidad de comunicar sus pensamientos y sus sentimientos. Kant no se forja ilusiones sobre los defectos de la nación cuyo retrato bosqueja; pero no va á buscar la razón de sus bellas cualidades en un vicio, la vanidad; cree, como Rousseau, como Michelet, que los franceses son inclinados á amar á todos los hombres, y que lo que los distingue de entre todos los pueblos es su

(1) MICHELET, *el Pueblo*, c. IV y V de la tercera parte.

humanidad, su filantropía (1). Un ilustre historiador completará el cuadro: "He puesto el pie con entusiasmo en el suelo de Francia, dice Juan de Müller. Ninguna nación, desde los Romanos, ha tenido semejante influencia en el mundo. ¿No ha sido la noble raza de los Francos la que ha salvado la Europa del yugo de la barbarie musulmana? ¿No es á ella á quien debe Alemania su civilización? ¿No es ella la que ha extendido las ciencias y las artes por todos los países? Y hé aquí que Dios elige ese pueblo predestinado para derribar el edificio carcomido de la antigua sociedad y para inaugurar una era nueva de la humanidad," (2).

¿Es esto decir que se deba santificar á Francia? ¿Es cierto que todo sea en ella sacrificio, desinterés, abnegación? Los escritores franceses idolatran á su patria. Francia, exclama Mr. Michelet, es el verbo de la Europa: "El mundo moral tuvo su verbo en el cristianismo, hijo de la Judea y de la Grecia; Francia explica el verbo del mundo social que vemos empezar," (3). Si Francia es el Cristo, su existencia entera debe ser un sacrificio incesante á los grandes intereses de la humanidad. Es cierto que la historia nos la presenta guerrera, conquistadora; pero, dice Mr. Michelet, "el amor de las conquistas no es más que el pretexto de nuestras guerras, nosotros mismos nos engañamos con él. El proselitismo es su más ardiente móvil. El Francés quiere principalmente imprimir su personalidad á los vencidos, no como suya, sino como tipo de lo bueno y de lo bello; es su cándida creencia; cree que no puede hacer nada más provechoso para el mundo que darle sus ideas, sus costumbres y sus modas. Convertirá á ellas á los demás pueblos, con la espada en la mano, y después del combate, fátuo á medias y simpático á medias, les expone todo lo que ganan en ser Franceses. No hay que reirse: el que quiere invariablemente hacer el mundo á su imagen concluirá por lograrlo. Los Ingleses no hallan más que inocencia en esas guerras sin conquista, en esos esfuerzos sin resultado material. No ven que nosotros no logramos el fin mezquino del interés inmediato sino para alcanzar otro más elevado y más grande. La asimila-

ción universal, á la cual tiende Francia, no es la que han revelado en su política egoísta y material Inglaterra y Roma; es la asimilación de las inteligencias, la conquista de las voluntades. ¿Quién hasta aquí lo ha conseguido mejor que nosotros?,"

Esta glorificación de Francia ¿no confunde lo que los hombres quieren y lo que Dios quiere? Si, los Franceses son una raza guerrera, ávida de combates y de conquistas; pero ¿dónde está el conquistador que derrama su sangre por una idea? Se decía en otro tiempo que los Romanos habían conquistado el mundo para civilizarlo. Nadie cree ya en esos generosos sentimientos del pueblo rey. Es, sin embargo, muy cierto que las victorias de las legiones tuvieron una misión civilizadora. Pero esa es la obra de Dios. Colocados bajo el punto de vista de las pasiones humanas, es falso decir que Roma haya cubierto la tierra de ruinas y de sangre para la felicidad de los pueblos vencidos; pero esto es cierto bajo el punto de vista providencial. ¿No sucederá lo mismo de la Francia? Los ejércitos de la República no estaban compuestos de santos, y los administradores del imperio no han dejado recuerdos de abnegación y de caridad. Sin embargo, en definitiva, Francia no se ha aprovechado de sus conquistas y ha derramado su sangre por los pueblos que pretendía subyugar. Bajo el punto de vista humano, los escritores franceses hacen mal: adulan á su nación, y no se debe adular una raza que es ya demasiado vana. Bajo el punto de vista providencial, tiene razón. En este sentido, diremos con Ballanche:

"No fué por casualidad como recibió el rey de Francia el nombre de *hijo mayor de la Iglesia*, es decir, hijo mayor de la sociedad europea. El título es el signo de lo que es, la manifestación de un hecho no negado. El rey de Francia gobierna, pues, en un pueblo que fué y será siempre jefe de los pueblos modernos. Y la providencia de Dios es también la que nos ha dado esta lengua, cuyos caracteres todos afectan la universalidad. Es imposible negar la magistratura eminente atribuida á la nación francesa sobre todos los pueblos de Europa, porque está probada por los excesos mismos en que á veces ha caído, puesto que se halla revestida de un signo exterior, la universalidad de la lengua," (1).

(1) KANT, *Antropología*, § 87 (WERKE, t. x, 352, edición de Leipzig de 1839).

(2) MÜLLER, *Briefe an Bonstetten*, 8 de Mayo de 1801, (WERKE, t. xxx, xvi, p. 214, edición in-18).

(3) MICHELET, *Introducción á la historia universal*.

(1) BALLANCHE, *Ensayo sobre las instituciones sociales* (Obras, tomo II, p. 25 y 26).